

afirma en una ocasión: «Si en mi patria, algún día, (cosa imposible) hubiera una persecución contra una minoría, como los judíos o polacos, inmediatamente dejaría yo de considerarme alemán. Pero esto no ocurrirá».

La parte histórica se complementa con el trazo de caracteres que Franz Werfel establece en su libro y con la cautivante e interesantísima sucesión de hechos que nos llaman la atención poderosamente, viendo qué tragedia se desarrolló en aquellas zonas por una persecución de odios raciales. Libro este tan magnífico en la presentación de la tragedia, tan intencionado en su propósito de unión humana y de fraternidad, tan sangriento y profundo como novela y como historia, tan centrado en su exposición, sencillo, antideclamatorio, de larga trascendencia y de adelanto humano sin pretensiones sociales antiliterarias, que una vez leído, no se olvidará. «The Forty days of Musa Dagh», es uno de los mejores libros del último lustro, en el mundo entero.

Astapovo

□ Veinticinco años se cumplen en este mes de noviembre, desde la muerte de Tolstoy. Una pequeña estación rusa, desconocida hasta entonces para casi todo el mundo, acogió al enfermo, que se sentía morir. Hondas tragedias familiares habían ceñido al gran escritor en días muy cercanos a aquel viaje. No pudiendo seguir adelante en su camino, se guareció en la estacioncilla de Astapovo y allí murió.

Hace un par de años, la «Nouvelle Revue Francaise» publicó un largo conjunto documental, en el que se reproducían todas las incidencias desde la llegada de Tolstoy a la estación de Astapovo, hasta la muerte. Cartas del jefe de estación a la familia, telegramas al gobierno, respuestas, vigilancia, intervención administrativa, todo está reproducido en ese documento lleno de interés. Mientras se moría el gran ruso, Rusia entera cruzaba en hilos telegráficos disposiciones para el caso ya ine-

vitabile del deceso. Es de una emoción intensa y rara, esta reunión de documentos oficiales, que se completa con el primitivista estilo del «diario» del jefe de estación, que se vió con los ojos del mundo entero clavados en su pequeña mansioncilla apartada, y con las últimas palabras de un genio escuchadas por él, que jamás había soñado con verle.

Coincidiendo con esta conmemoración, Francois Porché, el biógrafo de Verlaine, ofrece un «Retrato de Tolstoy» cuyas mejores y más intensas páginas son las dedicadas a los postremos días de vida del autor de «Anna Karenina». Tolstoy huye del infierno matrimonial, insoportable ya para él. Para Porché, la imagen de un filósofo que escapa de un género de vida con el que no está conforme, carece de fundamento real y es sólo una creación más o menos literaria de los comentaristas. Realmente, se antoja razonable esta apreciación, ya que al cabo de tantos años de vida conyugal y después de tan intensas relaciones, es tarde para tomar una decisión motivada por un desacuerdo de la teoría con la vida. Es menester analizar todos los fundamentos. No echar la culpa del todo, por razones o motivos de simpatía intelectual o admiración al marido, no echar toda la culpa a la condesa Tolstoy. La fuga de este anciano es de tal dramatismo, que es necesario hacer un esfuerzo para no condenar inmediatamente a la mujer de quien huía. «La historia de los últimos días de Tolstoy, escribe Francois Porché, no es la de una evasión fracasada, sino la de una fuga en compañía, incoherente, incierta, desde el principio, pero luego ceñida por el terror, por las fatigas del camino, por la noche glacial, hasta el escalofrío solemne de la pulmonía, que pondrá término al absurdo viaje».

A pesar de esto, la tragedia no tiene un solo costado. Porché se esfuerza en dar a conocer, tras intensos estudios y honda penetración en el asunto, cuáles fueron las dobles causas que produjeron la enemistad entre Tolstoy y su esposa. Y recuerda la falta inicial, a la que atribuye considerable importancia: la lectura que hizo Tolstoy de sus cuadernos íntimos, «cediendo al

prurito eslavo de la confesión», ante su novia. Esto produjo en Sonia una impresión que el autor de este «Retrato de Tolstoy» juzga inolvidable. Quizás no fué esto sólo, sino la agrupación de muchas más diferencias, que se acumularon al cabo de años, cuando ya la vejez y el decaimiento dominaba a León Tolstoy. La grandeza de este hombre y lo lamentable de su fin, no quitan al biógrafo contemporáneo la necesidad de analizar, razonable e imparcialmente, los motivos de esta huída, que echó tan profunda mancha sobre la familia del escritor. De esa fuga trágica que terminó en la estación de Astapovo, en noviembre de 1910.

Opiniones y manifiestos

□ En Francia. Los intelectuales manifiestan sus opiniones en relación con el conflicto italo-etíope, las sanciones y demás consecuencias de esta incidencia guerrera. Tres sectores, mejor dicho, dos sectores y tres manifiestos, uno de los cuales tiene como añadido o colofón un grupo de firmas... Pero pasemos a la exposición exacta.

□ El primero ha sido titulado por los diarios «Manifiesto de Personalidades Cristianas a propósito de la guerra de Etiopía». Dice, entre otras cosas: «En la actual confusión de los espíritus y ante la grave situación creada por el conflicto italo-etíope, es imposible para aquéllos que rehusan, todos a un tiempo oscurecer los principios de su conciencia y admitir la hipótesis de una nueva guerra europea, es imposible guardar silencio».

«La justicia debe ser respetada en todas sus exigencias. Ella misma nos pide oponernos a toda extensión del conflicto armado. Ni la necesidad de expansión, ni la obra civilizadora por cumplir, han dado jamás el derecho de apoderarse de los territorios de otro y de llevar a ellos la muerte... Es un deber venir en ayuda de los que sufren injusticias, pero nunca, la más estric-